

<https://www.elcorreo.eu.org/Michael-Hudson-Geopatologia-y-la-econopatologia-que-la-sustenta>

Michael Hudson: « Geopatología y la econopatología que la sustenta »

- Reflexiones y trabajos -
Fecha de publicación en línea: Viernes 3 de julio de 2026

Copyright © El Correo - Todos derechos reservados

La Estrategia de Seguridad Nacional de Estados Unidos para 2025 contempla el control del comercio mundial de petróleo. Con este fin, la guerra petrolera de Donald Trump busca privar a Irán, Irak y sus vecinos países miembros de la OPEP de su soberanía sobre a quién pueden vender su petróleo, tal como lo ha hecho con Venezuela. No muestra ningún remordimiento por el daño colateral causado por la interrupción del comercio energético, que está sumiendo a la mayoría de las economías mundiales en la depresión.

Semejante comportamiento temerario (y destructivo) se ajusta a la perfección a lo que los psicólogos denominan sociópata. La Clínica Mayo aplica este término a « *una persona que muestra sistemáticamente una total falta de respeto por el bien y el mal, e ignora los derechos y sentimientos de los demás. Las personas con trastorno de personalidad antisocial tienden a provocar deliberadamente la ira o el malestar ajeno, manipulando o tratando a los demás con dureza o cruel indiferencia. Carecen de remordimiento o no se arrepienten de su comportamiento* ». Para colmo, « *las personas con trastorno de personalidad antisocial suelen infringir la ley, convirtiéndose en delincuentes. Pueden mentir, comportarse de forma violenta o impulsiva...* ». Este diagnóstico puede aplicarse fácilmente a cualquier nación que aspire a la conquista de un imperio. Sin embargo, la política exterior estadounidense lo ha llevado a extremos insospechados.

Así como los sociópatas carecen de sentido del bien y del mal (y luchan contra cualquier valor moral que limite su comportamiento abusivo), los diplomáticos estadounidenses han rechazado el conjunto de leyes internacionales de la guerra de la Carta de las Naciones Unidas que prohíben los ataques contra civiles. El armamento y los sistemas de guiado de misiles estadounidenses están al servicio del genocidio religioso y étnico desde Ucrania hasta Oriente Medio, ya que se ha reclutado a ejércitos ucranianos, israelíes y diversos grupos wahabíes aliados de Al Qaeda para que sirvan como legiones extranjeras de Estados Unidos.

Las exigencias impulsivas, agresivas y manipuladoras de Trump, acompañadas de violencia intimidatoria, violan las leyes más fundamentales del comportamiento internacional, consideradas antaño la esencia de la civilización. La norma de la Carta de las Naciones Unidas que prohíbe la injerencia en la soberanía de otros países es legado del Tratado de Westfalia de 1648, que puso fin a la Guerra de los Treinta Años en Europa. Estados Unidos ha derrocado gobiernos extranjeros e intentado provocar cambios de régimen, desde Rusia hasta Irán, bombardeando a civiles, especialmente a jóvenes estudiantes y médicos, escuelas y hospitales, con la esperanza de que este terrorismo lleve a la población a sustituir sus gobiernos por oligarquías afines a Estados Unidos para detener los bombardeos, que se han convertido en el sello distintivo de la política estadounidense.

La diplomacia estadounidense también viola el derecho marítimo internacional, bombardeando barcos pesqueros de Venezuela y Colombia en América Latina, en el estrecho de Ormuz y el golfo Pérsico, sin previo aviso ni causa probable, simplemente para demostrar su inmunidad ante las restricciones del derecho internacional y la incapacidad de las Naciones Unidas o cualquier otro organismo internacional para prevenir la piratería y los asesinatos en los mares.

Al insistir en que otros países acaten sus propias sanciones dirigidas a la aislada producción petrolera rusa, Estados Unidos ha devastado Libia y se ha apoderado de la producción petrolera de Irak, controlando sus ingresos y negándose a las exigencias del gobierno iraquí de que Estados Unidos se retire. Asimismo, ha tomado el control de Venezuela y ha destinado todos sus ingresos por exportaciones de petróleo a cuentas estadounidenses en Miami, bajo el control directo de la administración Trump.

El comportamiento de Trump se ha trasladado sin problemas a la presidencia de Estados Unidos, desde su pasado como promotor inmobiliario notoriamente deshonesto, mintiendo e incumpliendo contratos con sus proveedores, banqueros y sindicatos, y tratando las multas y sanciones simplemente como un costo más de hacer negocios, sin mencionar su comportamiento depredador hacia las mujeres. Existe una afinidad casi natural entre su vida anterior y su actual papel político. Así como la política exterior estadounidense busca impedir que los países tengan su propia soberanía y autosuficiencia, los magnates financieros e inmobiliarios de hoy en día, pertenecientes a la élite del 1%, junto con los ambiciosos políticos que reclutan para controlar la política estadounidense, están reduciendo a una creciente franja de la población estadounidense a la dependencia de la deuda y la inseguridad de vivir al día.

Los estrategas estadounidenses temen (y los matones son cobardes) que la independencia de otros países, libre del control estadounidense sobre el comercio de petróleo, tecnología de la información e inteligencia artificial, les permita resistir las exigencias del poder imperialista y abusivo de Estados Unidos. La clase acreedora, los monopolistas y otros miembros del 1% *rentista* comparten un temor similar: que el gobierno estadounidense promulgue y aplique leyes que limiten su concentración de poder financiero y la monopolización de la riqueza, a costa de que el 99%, cada vez más endeudado, se vea obligado a endeudarse aún más (y a acumular impagos) simplemente para llegar a fin de mes.

Una ambición similar por el poder caracteriza a los directores ejecutivos y financieros de las mayores corporaciones actuales, así como a gánsteres, líderes de sectas religiosas y muchos políticos que persiguen sus respectivas ambiciones. La autocomplacencia sociopática se celebra como la fuerza motriz del progreso, « libre » de controles y equilibrios públicos para permitir la polarización económica y el tipo de decadencia autodestructiva que provocó la caída del Imperio Romano.

Un vocabulario para describir la fractura global actual y su guerra civilizacional.

Necesitamos un vocabulario apropiado para describir estos fenómenos y también para caracterizar su intento de autojustificación mediante la promoción de la ideología neoliberal actual. Sugiero las siguientes dos palabras:

- **Geopatología:** la conducta abusiva en las relaciones internacionales, de carácter explotador, que perjudica y victimiza a otros países mediante la imposición unilateral de un doble rasero. Todo imperialismo que aspire a la construcción de un imperio se caracteriza por dicha geopatología.
- **Econopatología:** la doctrina que defiende la ausencia de empatía social. Su esencia radica en el individualismo libertario actual que promueve el interés propio ilimitado y rechaza cualquier restricción o regulación gubernamental para proteger el principio social básico de reciprocidad y ayuda mutua que sentó las bases del desarrollo de la civilización.

La civilización primitiva no habría podido evolucionar si Margaret Thatcher, Milton Friedman, Frederick Hayek y Alan Greenspan hubieran viajado en el tiempo y llegado como dioses del futuro, ofreciéndose a iluminar a los jefes, sacerdotes y reyes de Mesopotamia, Egipto y China. La civilización jamás habría despegado si hubiera seguido sus consejos. No habría habido protección para sus súbditos contra la servidumbre por deudas y la pérdida de sus tierras. Un despegue de este tipo habría conducido directamente de una civilización incipiente a una polarización económica y a la subyugación de una oligarquía estrecha que dominaría a la población y lucharía por impedir cualquier intento alternativo de desarrollo, protegiendo la libertad individual y la autosuficiencia generalizada como condición previa para el progreso.

Solo un sistema de ayuda mutua y protección de la autosuficiencia individual de la ciudadanía pudo haber permitido

la supervivencia de las arcaicas economías de bajo excedente. No podían permitirse el lujo de la desigualdad ni la privación de la libertad y los derechos de tenencia de la tierra de la población. Del mismo modo, las economías actuales requieren una autoridad pública facultada para impedir que la agresión económica y física dé lugar a oligarquías depredadoras. La mayoría han tenido un carácter financiero y han buscado monopolizar la tierra.

La filosofía griega comprendió la necesidad de proteger a la sociedad contra el comportamiento patológico inherente a la adicción al dinero. Toda riqueza, especialmente la monetaria, se consideraba adictiva, capaz de generar conductas perjudiciales para los demás, y por consiguiente, se la veía como asocial y mal vista. Los acreedores usureros asignaban estas actividades « sucias » a sus esclavos o libertos para evitar ser marginados en sociedad. Las normas de reciprocidad básica y el respeto a los derechos humanos contribuían a limitar el tipo de comportamiento que las sociedades occidentales actuales, financiarizadas y neoliberales, han perdido. La adicción al dinero no tiene cabida en la teoría económica utilitarista actual, ni en los principios del derecho o la filosofía política. A los estudiantes de administración de empresas se les enseña que su tarea como directivos corporativos debe ser maximizar las ganancias de capital para sus accionistas y obtener beneficios para pagar dividendos, reduciendo costes y conquistando mercados sin escrúpulos, como si toda la explotación y destrucción resultantes fueran creativas.

El denominador común entre la geopatología y la econopatología es su negación de la libertad y la autodeterminación de otros países y pueblos. Considerar la soberanía y la autosuficiencia extranjeras como herramientas que permiten a otros países resistir la diplomacia estadounidense implica ver dicha soberanía como una amenaza a la seguridad de Estados Unidos y al mantenimiento de su imperio tributario. Y al igual que la geopatología, la econopatología busca reducir a otros individuos a la condición de dependientes, clientes, deudores, arrendatarios y, en última instancia, a la servidumbre.

La adicción a la riqueza y al poder son impulsos naturales, pero las sociedades a lo largo de la historia han buscado socializarlos. Sócrates consideraba que el ideal era una autoridad central sabia que mantuviera este impulso bajo control. Esta protección social contra la oligarquía se veía como una condición igualmente natural para que las sociedades evitaran la polarización y el estancamiento. Pero, como observó Aristóteles, las democracias tienden a evolucionar hacia oligarquías, que luego se convierten en aristocracias *rentistas* hereditarias. Y tales naciones buscan « liberar » a oligarquías afines de las restricciones de la regulación pública (*por ejemplo*, como Trump apoya al libertario Javier Milei en Argentina), e impedir que tales regulaciones se apliquen a escala internacional.

¿Cómo pueden las economías actuales hacer frente a la geopatología y su econopatología?

La sociopatología no se cura sola. Tampoco lo hacen la econopatología ni la geopatología. Las sociedades antiguas contaban con ciudades de refugio a las que se exiliaba a estos sociópatas y otros infractores de la ley, al menos temporalmente, hasta que se socializaban y aprendían a arrepentirse y sentir remordimiento por su comportamiento.

La política exterior estadounidense actual, desde 1945, ha dedicado los últimos ochenta años a consolidar una doctrina neoliberal antigubernamental y una retórica antisocialista que rechazan toda reforma diplomática y económica interna. El reto que enfrenta la Mayoría Global actual es crear un sistema multipolar alternativo de instituciones y alianzas internacionales basado en los principios de ayuda mutua y tolerancia hacia la autonomía de cada país, que siempre ha sido el ideal aparente.

La creación de una alternativa de este tipo requiere una doctrina distinta a la del neoliberalismo, así como la reformulación de las leyes fundamentales que rigen las relaciones internacionales. Lo que lo hace posible hoy es

que, por primera vez desde 1945, existe una masa crítica de países dispuestos a establecer nuevas instituciones para proteger su autonomía y soberanía.

[Michael Hudson*](#) para su [Blog personal](#)

[Michael Hudson](#). USA, 9 de junio de 2026.

Michael Hudson** [(Michael Hudson** es Presidente del Instituto para el Estudio de Tendencias Económicas a Largo Plazo (ISLET), Analista Financiero de Wall Street, Profesor Distinguido de Investigación de Economía en la Universidad de Missouri, Kansas City. Es autor de Super-Imperialism: « *The Economic Strategy of American Empire* » (Ediciones 1968, 2003, 2021), « *and forgive them their debts* » (2018), « J is for Junk Economics » (2017), « *Killing the Host* » (2015), « *The Bubble and Beyond* » (2012), « *Trade, Development and Foreign Debt* » (1992 & 2009) y de « *The Myth of Aid* » (1971), entre muchos otros. Hudson es asesor económico de gobiernos de todo el mundo, como los de China, Islandia y Letonia, en materia de finanzas y legislación fiscal. Página web : [Michel Hudson](#)

Traducido del inglés para [El Correo de la Diáspora](#) por: Carlos Debiasi.

[El Correo de la Diáspora](#). París, 3 de julio de 2026.



Esta obra está bajo una [licencia Creative Commons](#). Atribución según los términos Sin modificación – No Comercial – Sin Derivadas 3.0 Unported. Basada en una obra de www.elcorreo.eu.org.